



Revista Estudios en Ciencias Humanas.

Estudios y monografías de los postgrados

Facultad de Humanidades- Universidad Nacional del Nordeste

El temor a la mujer. La mujer como competidora del hombre.

Alicia Beatriz Bogado

Introducción

El tópico que elegí para el presente trabajo es el miedo del hombre hacia la mujer. Me propongo explorar la siguiente hipótesis: la pícara ocasiona miedo en los representantes de la población masculina machista debido a que posee dotes consideradas “masculinas” por las posturas machistas, como, por ejemplo, valentía, fuerza, vigor, robustez, destreza en la lucha, arrojo, orgullo, ansias de éxito y progreso, viveza, poder para imponer su voluntad, capacidad para manipular a los demás. Por ello, la pícara tiene cualidades deseables en un hombre, no en una mujer. La presencia de dichas cualidades en un hombre sería causa de exaltación mientras que en una mujer es denigrante. Esto es así debido a que las mencionadas capacidades o cualidades convierten a la mujer en otro competidor para el varón o en un competidor más, a la altura del hombre. Es una carga insoportable el hecho de tener que competir en igualdad de condiciones con una mujer. Por esto, se descalifica a la pícara, con más saña aún de la que se aplicaría a un enemigo varón, porque no se la considera digna de devenir en una contrincante, en una competidora propiamente dicha. Descalificar a la pícara equivale a hacerle mala propaganda a una potencial enemiga. Degradar a la pícara equivale a tratar de desanimar a la mujer para que no se convierta en competidora del hombre.

Intentaré mostrar cómo este miedo al sexo femenino se evidencia en el discurso de los autores de *La pícara Justina* y *La pícara Coraje* y en el trato que recibe Eva Luna durante su vida por parte de los personajes del sexo masculino. Tengamos en cuenta que las novelas picarescas fueron consideradas “relatos morales” por los autores como Francisco López de Úbeda.

También convendría reflexionar sobre la huida o negación de la femineidad que causan todas las humillaciones a que somos sometidas las mujeres desde pequeñas para desalentar nuestro desarrollo y afianzamiento como dignas competidoras de los hombres en sociedades chauvinistas.

Me propongo analizar y explicar el miedo masculino a la mujer y la negación o huida de la femineidad por medio de conceptos extraídos del Psicoanálisis y del enfoque de Karen Horney sobre Psicología Femenina y su teoría del desarrollo femenino.



El Complejo de Edipo.

Necesitamos para comprender el enfoque elegido explicitar primeramente nociones básicas de la teoría psicoanalítica. Como se sabe, según Sigmund Freud la personalidad posee tres instancias que se forman durante el desarrollo infantil.

Recordemos: el bebé tiene impulsos, libido, deseo de poder, éstos forman una instancia de la personalidad llamada *ELLO*. El bebé es empujado por el *ello* a ganar el amor del progenitor del sexo opuesto. Intenta ocupar el lugar de poder del progenitor del mismo sexo. Para eso siente que tendrá que matarlo. Pero esto le produce al niño un insoportable sentimiento de culpa. A esto llama Freud, Complejo de Edipo. El niño se pregunta: ¿Qué es lo que tiene el progenitor del mismo sexo que al otro progenitor le interesa tanto? Tiene poder. Aparece la culpa que implica imposibilidad de matar al progenitor del mismo sexo, ya que también se ama a éste, porque se necesita de los dos progenitores para sobrevivir. Esto trae como consecuencia desilusión, porque significa que no se puede ocupar el lugar del progenitor del mismo sexo, debido, además, al temor, por la amenaza de castración. Aquí aparece otra instancia de la personalidad, el *YO* o principio de realidad. Para solucionar el dilema, el yo encuentra un recurso: la identificación, que consiste en el despliegue de conductas para atraer el amor del progenitor del sexo opuesto hacia sí. El niño prefiere identificarse con el progenitor del mismo sexo en lugar de matarlo y exponerse así a la castración o a la destrucción, que es equivalente a la primera. Todo este proceso crea la tercera instancia de la personalidad: el *SÚPER YO*, que contiene el deber y el no deber. En el futuro, el deseo dirigido hacia el progenitor del sexo opuesto, será dirigido hacia el sexo opuesto, pero no hacia la madre, en el caso del niño, ni hacia el padre, en el caso de la niña, sino hacia personas que no impliquen la comisión de incesto. El incesto se instala en el Súper Yo como una prohibición. La formación de la personalidad sana se habrá completado hacia el fin de la niñez. Pero pueden persistir detalles sin resolver, que actuarán desde el inconsciente, y significarán distintos grados de neurosis en la persona adulta. Según Freud, el principio de realidad (lo posible) y el principio de placer (lo deseado) en equilibrio propician la supervivencia. El principio de realidad son las barreras que encontramos al principio del placer. Una de las barreras son los deseos de los otros. O sea, los principios de placer de los otros. Los principios de placer se oponen. Los principios de placer son individuales. El hombre es único e irrepetible. No existen deseos universales. Existen deseos análogos o semejantes. Los deseos individuales chocan, se estorban, entran en conflicto. No somos las personas las que tenemos conflictos, son los deseos los que entran en conflicto. Entonces, o todos siguen sus deseos individuales o nadie sigue sus deseos individuales. Todos obedecen sus instintos en ciertas circunstancias, es decir, cuando no chocan. Estas condiciones se especifican en normas, reglas, leyes, mandamientos. Un grupo de ellos forman la moral que frena unas pasiones pero permite otras. Por ejemplo, no se puede tener



sexo con cualquier persona pero sí con el esposo o la esposa. En conclusión, todo comportamiento se orienta hacia el placer, que brota de satisfacer una necesidad, pero satisfacer una necesidad puede desembocar en una situación dolorosa. Para evitarlo la sociedad recurre a una *represión fundamental*, única forma de producir cultura, vida intelectual y artística, única forma de propiciar la existencia de una sociedad civilizada. Esto implica imponer corsés a la sexualidad, a la libido erótica, el impulso vital nacido del deseo, intereses que me manejan, deseo de poder, energía dedicada a los intereses. En las sociedades machistas, los corsés más pesados se imponen a las mujeres.

Consecuencias del Complejo de Edipo para el varón.

El hombre se siente atraído hacia la mujer con una fuerza violenta, y a la vez, siente un profundo temor de que a través de ella pueda perderse y morir. Este miedo se expresa como temor a *sucumbir al hechizo de una mujer*, ser despojado de su fuerza por ceder ante sus encantos. Todo esto sucede no porque la mujer sea particularmente mala, sino porque su peligrosidad forma parte de su misma naturaleza.

En todo tiempo y en todas partes el hombre lucha para liberarse de su temor a la mujer.

En las obras literarias leídas encontramos este temor a la mujer fragmentos como los siguientes:

En la *Pícara Justina*, el miedo se evidencia en el fisgón que la trata de vieja:

“Enójeme con tales ademanes, que se espantó el valentón, mostrándose tan liebre como yo libre. [...] y mirándome con un ojo de vergüenza y otro de miedo, me dijo lo siguiente el medroso fisgón...” (LÓPEZ DE ÚBEDA, 1977, pág. 158)

Y el joven afligido se disculpa:

“—Perdone sarcé, sora Justisísima...” (LÓPEZ DE ÚBEDA, 1977, pág.158)

En la *Pícara Coraje*, uno de los momentos en que el autor hace evidente este miedo es cuando la protagonista advierte sobre lo vengativa que puede ser una mujer, relacionando esto con el miedo a la castración, a la que autor se refiere como “*mutilación horrible*”, siendo este, por supuesto, el punto de vista masculino:

“También vosotros, mancebos, que os comportáis con ellas cual salteadores de caminos, prevenid no vayáis a recibir un premio por vuestra ligereza de aquellas en quienes estáis estimulando el sentimiento de venganza.” (GRIMMELSHAUSEN, 1992, pág. 89)

Y relata a continuación el caso del caballero seducido y castrado, cuyos atributos masculinos fueron arrojados a la calle. Luego del relato, comenta Coraje que la misma suerte hubiera corrido su capitán de no haberla complacido su comportamiento.

No me parece que una mujer calificaría de “mutilación horrible” la castración de un compañero que la ha traicionado, más bien, pienso que consideraría el ataque como justa revancha por el daño sufrido.



En *Eva Luna* Kamal siente hacia Zulema una mezcla de atracción irresistible y gran temor, como el niño hacia su madre, siente deseo pero teme ser “devorado” por ella, ser inadecuado. Allende lo expresa literalmente:

“Ella se aproximó lentamente, tan inevitable como un fantasma, hasta quedar a pocos centímetros de él. [...] Zulema le tomó la cabeza y lo atrajo hacia su regazo, donde sus grandes senos lo devoraron con un borboriteo de lava ardiente.” (ALLENDE, 1987, pág. 155)

El deseo y la consumación del acto sexual también significan un desafío a la figura paterna, el turco en este caso:

“Lo retuvo allí, meciéndolo como una madre a su niño, hasta que él se apartó y entonces se miraron, pesando y midiendo el riesgo, y pudo más el deseo y se fueron abrazados a la cama de Riad Halabí.” (ALLENDE, 1987, Pág. 155)

El primo del turco comete un acto incestuoso. Su castigo será el suicidio de su compañera y su propio exilio perpetuo del clan de su tío.

Para Karen Horney (1968, *Psicología Femenina*) el hombre tiene razones estratégicas muy obvias para mantener oculto su temor, pero trata también, por todos los medios, de negarlo, aun a sí mismo. Se podría suponer que aún la glorificación que el hombre hace de la mujer tiene una doble fuente: el ansia de amor y el deseo de ocultar su temor.

Ejemplos de este hecho pueden encontrarse en las obras trabajadas. López de Úbeda compara a la mujer con Pandora, el caos, y advierte que la mujer libre es “olvidada de Dios” porque se niega a someterse al poder del marido. En *Eva Luna* hay personajes femeninos que cometen incesto (las primas de Rolf Carlé), asesinato (su madrina), agresiones diversas (la misma Eva, ante las injusticias a que la someten determinados patrones). Estas mujeres son dignas de admiración por su rudeza y de miedo por el potencial peligro que representan para el hombre, a la vez. Los peligros a los que me refiero son: engendrar hijos con defectos genéticos, matar a la prole, competir contra el hombre, respectivamente.

Según Horney, el varón encuentra alivio en su actitud de menosprecio hacia la mujer, disfrazando con alabanzas lo que piensa en realidad. Enmascara sus verdaderos sentimientos hacia la mujer con una “... actitud de amor y adoración [que] significa: ‘No tengo necesidad de temer a un ser tan maravilloso, tan hermoso, más aún, tan santo’.”¹ Cuando lo que en verdad se esconde es una “... actitud de menosprecio [que] entraña este pensamiento: ‘Sería ridículo temer a una criatura que, para decirlo francamente, es tan poca cosa’.”² Von Grimmelshausen y López de Úbeda hacen hincapié en la vejez actual de las protagonistas, quienes al no tener poder de seducción, son dignas de lástima y no de temor. Además, López de Úbeda pinta a Justina con un ingenio superior al de todos los demás humanos, y la denigra al tildarla de pícara. Huberto Naranjo protege a la inofensiva Eva Luna niña, pero teme que lo ponga en peligro cuando ella se convierte en su compañera sexual ocasional (*Eva Luna*: pág. 111; *Eva Luna*: pág. 214.).



La dignidad masculina, para Horney, parece sentirse mucho más amenazada por la admisión del temor a las mujeres que por la admisión del temor a un hombre, la figura paterna. El temor al padre es más tangible, de calidad menos misteriosa; es similar a la diferencia entre el temor a un enemigo real y a un fantasma. En *Eva Luna*, Zulema, que manifiesta deseos carnales, se compara directamente con un fantasma. Para el machismo la mujer es el ángel y el demonio. Es un ángel cuando no expresa necesidades sexuales, y un demonio cuando hace evidentes estos deseos sexuales.

El temor masculino hacia la mujer (la madre) o hacia el órgano genital femenino tiene su significación en la infancia, está arraigado más profundamente y es reprimido por lo común en forma más enérgica que el temor al hombre (el padre). Además, el empeño por encontrar el pene en las mujeres representa un intento desesperado de negar la existencia del siniestro genital femenino. Veamos lo que dice la doctora Horney: “El niño, por su parte, siente o juzga instintivamente que su pene es demasiado pequeño para el órgano genital de la madre y reacciona con el temor a su propia insuficiencia, a ser rechazado y ridiculizado.”³ El niño se siente atacado en su dignidad. Entonces, el violento sentimiento de ira es causado por la frustración de los impulsos que en ese momento tienen vital importancia. Así, los impulsos asumen un matiz sádico. En la pícaro Justina, el padre castiga justamente a madre e hija por desobediencia y complicidad. (LÓPEZ DE ÚBEDA, 1977, pág. 194)

Encontramos sadismo también en las violaciones sufridas por Coraje, no tanto porque es mujer, sino porque es una mujer que ha humillado a hombres en la batalla. También podemos ver estos impulsos sádicos en el deseo del Coronel Tolomeo Rodríguez por conquistar el corazón de Eva Luna, una enemiga política a la que podría someter fácilmente por la fuerza, pero prefiere ganarse su amor, lo cual le daría mayor prestigio.

Desde el punto de vista biológico, el hombre está obligado a demostrar su virilidad a la mujer. Ésta, en cambio, aun siendo frígida puede tener contacto sexual “normal”, concebir y dar a luz. Para Horney, el hombre admira y resiente que la mujer, en el plano sexual, pueda cumplir su rol simplemente siendo, sin tener que demostrar con hechos su capacidad, su virilidad a sí mismo y a los demás. El varón tiene que demostrar eficiencia, la mujer solo debe ser receptiva. Lo primero es más difícil, si no imposible, de fingir que lo segundo. La autora ha encontrado mujeres que temen sus tendencias masculinas porque “... consideran inconscientemente que la ambición y la capacidad para el triunfo son atributos del hombre ... [...] Este tipo de hombre tiene en su forma más extrema un solo interés: conquistar.”⁴ Su objetivo es “poseer” la mayor cantidad posible de mujeres, cuanto más hermosas y codiciadas, mejor. Esto es una sobrecompensación narcisista a la que necesariamente le sigue la angustia. Si bien el objetivo es conquistar, a estos hombres les causa indignación una mujer que toma sus intenciones muy en serio mientras que, en realidad, están agradecidos de que se los exima de la obligación de dar pruebas de masculinidad. Estos sentimientos contradictorios que provocan angustia es un



comportamiento neurótico compensado por el hombre ejerciendo dominio sobre la mujer, sometiéndola a su poder, desprestigiándola y dominándola.

Encontramos múltiples ejemplos de lo antedicho en las tres obras analizadas. Veamos:

En la pícara Justina, la razón del gusto de las mujeres por el baile se atribuye a la dificultad de las mujeres para obedecer al hombre ya que les daría la ilusión de libertad.

“...sea cosa tan natural como obligatoria que el hombre a sea señor natural de su mujer, pero que el hombre tenga rendida a la mujer, aunque la pese, eso no es natural, sino contra su humana naturaleza, porque es captividad, pena, maldición y castigo!...” (LÓPEZ DE ÚBEDA, 1977, pág. 249)

El poder del marido sobre su mujer es tenido por inevitable, “natural” desde el punto de vista masculino:

“...como sea natural el aborrecimiento desta servidumbre forzosa y contraria a la naturaleza...” (LÓPEZ DE ÚBEDA, 1977, pág. 249)

Pero el sometimiento al marido es resistido por las mujeres como Justina:

“...no hay cosa que más huyamos ni que más nos pene que el estar atenuadas contra nuestra voluntad a la de nuestros maridos, y generalmente a la obediencia de cualquier hombre.” (LÓPEZ DE ÚBEDA, 1977, pág. 249)

Aunque la resistencia que se opone es recurrir a una ilusión, un remedo de libertad: el baile. (LÓPEZ DE ÚBEDA, 1977, pág. 250)

“De aquí viene que el deseo de vernos libres desta penalidad nos pone alas en los pies.” (LÓPEZ DE ÚBEDA, 1977, pág. 250)

En la *Pícara Coraje* se presenta a la mujer como propiedad de su marido:

“... convencería a los suyos de que mis cosas y yo no éramos en realidad un botín, sino que a la sazón le pertenecíamos mediante el matrimonio.” (GRIMMELSHAUSEN, 1992, pág. 99) Aquí es importante para el compañero de Coraje que la gente de su entorno lo vean como el “dueño” de la pícara. Ella intenta huir de esta condición a través de su contrato con Springinsfeld. De un modo u otro, Coraje ve la necesidad de pertenecer a un hombre, o al menos de fingir esta condición, para lograr respeto.

En *Eva Luna*, Allende presenta al Coronel Rodríguez como representante del narcisismo masculino interesado en demostrar su virilidad dominante, cuando le dice a la protagonista:

“— Prepárese, Eva, porque no la voy a dejar en paz hasta que me acepte - sonrió él.” (ALLENDE, 1987, pág. 232)

Aquí, Eva Luna es un trofeo a ganar, un desafío a vencer.

Consecuencias del Complejo de Edipo para la mujer.

La resolución del Complejo de Edipo generalmente difiere en el hombre y en la mujer. Mientras el niño renuncia a la madre como objeto sexual debido a la angustia de castración, el papel masculino es afirmado en el desarrollo ulterior, y, aún más, es



acentuado en la reacción hacia la angustia de castración. Pero, en el caso de las niñas “...no sólo renuncian al padre como objeto de amor sexual, sino que simultáneamente rechazan por completo su papel femenino.”⁵ Por lo tanto, la angustia genital femenina tiene la huella de los sentimientos de culpa igual que en los varones. El beneficio de vivir un papel masculino ficticio es el deseo de evitar la realización de fantasías y deseos libidinales respecto del padre. El deseo de ser hombre ayuda a la represión de los deseos femeninos o a la resistencia para impedir que se manifiesten. Esta es una explicación alternativa de las razones que pudieran tener las pícaras para desempeñar roles masculinos. Claro que, no es la que expresan los autores leídos.

Durante el rapto de Justina, otra vez, las acciones crueles contra una mujer por parte del grupo de hombres son algo “natural” o que podría considerarse normal porque el rapto es culpa de Justina. Es una actitud machista, la de considerar a la víctima como culpable de un ataque sexual, como provocadora del mismo. Inclusive el aprovechamiento puede significar que como Justina, en tanto hija de posaderos, venía de una familia no muy buena estaba expuesta a peligros a los que una “niña de buena familia” no lo estaría. Luego, durante el rapto, Justina está más preocupada por salvaguardar su reputación que su integridad física y moral. Al final, la pícara recurre a la fuerza, atributo masculino, para poner a raya a sus raptos y vengarse de ellos, cuando los lleva al pueblo y los roba. El autor remarca con este episodio que la mujer, en cualquier situación, constituye un peligro para el otro sexo.

Vemos que a Von Grimmelhausen se le ocurre que la única razón de Libuschka para disfrazarse de soldado es salvaguardar su virginidad. Janko es varón por necesidad. Todos sus buenos atributos son una “farsa”. Janko es considerado “inteligente” por haber aprendido alemán con gran facilidad, pero resulta que ya hablaba alemán y fingía lo contrario. Era “buen servidor” porque adulaba, era diligente, engañaba... Todas cualidades apreciables en una mujer. Además, servía a su señor por amor, no por tener como meta el éxito. Janko se ganó el nombre de Coraje gracias a su desesperación por mantener su engaño y a sus calidades de soldado. Aunque la verdad era que la virginidad era un peso para la joven y urdió entonces una nueva treta para seducir a su capitán y ponerlo de su parte. Todo ello, aumenta la peligrosidad de esta mujer para los hombres con quienes se va encontrando en la vida.

En la obra de Allende, podemos encontrar un ejemplo de angustia genital femenina. Incredula ante el deseo de Melecio de convertirse en Mimí, Eva reflexiona:

“Tantas veces me habían dicho que era una desgracia nacer mujer, que tuve alguna dificultad en comprender el esfuerzo de Melecio por convertirse en una.” (ALLENDE, 1987, págs. 199-200)

Además, en *Eva Luna*, la joven, a pesar de haber realizado sus fantasías edípicas, tener sexo con su “padre”, pero en realidad intimando con una figura paterna que no es su padre biológico, así que, técnicamente, no es incesto, sufre enormemente. Recordemos el inmenso gozo acompañado por el inmenso dolor que le provoca a Eva Luna su relación



con Riad Halabí, la figura paterna que se convierte en compañero sexual, al que debe renunciar también para salvaguardar su reputación. Ser mujer causa más padecimientos que dicha.

La mujer puede protegerse contra los deseos libidinales respecto del padre con una ficción de masculinidad que permite a la niña escapar del papel femenino, cargado de sentimientos de culpa y angustia. El autor de *Coraje* ve esta transformación de la pícara en hombre como una ventaja que ella no quiere abandonar. Sin embargo, Horney opina que desempeñar el rol del varón produce siempre en la mujer “un sentimiento de inferioridad, porque la niña comienza a evaluarse a través de normas y valores que son ajenos a su naturaleza biológica específica y frente a los cuales no puede menos que sentirse inadecuada.”⁶ Mientras que Von Grimmelshausen muestra a Libuschka muy orgullosa de sus destrezas como soldado. Me pregunto, ¿cualquier mujer estaría tan orgullosa al recibir aprobación por exhibir cualidades masculinas?

Conclusiones

Llama poderosamente la atención que las palabras “machista” o “machismo” no estén en los diccionarios castellanos comunes utilizados en la escolaridad primaria, pero sí está la palabra “feminista” que se define como la postura que busca reconocer a la mujer los mismos derechos que al hombre, en consecuencia, la mujer no posee los mismos derechos que el hombre en acto. Además, la palabra “macho” es sinónimo de “fuerte, vigoroso, robusto, valiente” mientras que es antónimo de “débil”, “femenil” ... Solo encontraremos en estos diccionarios la palabra “chauvinismo” como galicismo por “patriotero”.

El varón alivia el malestar de la cicatriz narcisista a través de la propensión a rebajar el objeto de amor. Dice Horney: “De la prostituta o de la mujer fácil el hombre no teme rechazos ni exigencias en la esfera sexual, ética o intelectual; puede sentirse entonces superior.”⁷ Esto lleva al método básico y nefasto utilizado por los hombres para superar su sentimiento de inferioridad: disminuir la dignidad de la mujer. Esto trae desastrosas consecuencias culturales para la mujer. Como sostiene la autora: “El concepto de que la mujer es un ser infantil y emocional, y como tal incapaz de responsabilidad e independencia es resultado de la tendencia masculina a rebajar.”⁸ En los tres textos analizados encontramos pruebas de que la “viveza” o inteligencia para engañar y conseguir lo que uno quiere, la fuerza en la lucha y el deseo de independencia económica están presentes en las protagonistas femeninas, pero ellas son pícaras, no son mujeres dignas de considerarse “decentes”. La autora de *Eva Luna* no rebaja a la protagonista pero permite percibir que algunos personajes masculinos lo hacen. Lo contrario sucede con los autores de las otras dos novelas picarescas, que a la vez que parecen admirar por momentos a sus pícaras, ayudan también a denigrar a sus protagonistas, haciendo que ellas mismas reconozcan su “mala fama” y las desventuras que sufren como consecuencias de sus engaños y trampas. Justina y *Coraje* están conscientes del daño que causan a los hombres, según los autores.



Revista Estudios en Ciencias Humanas.

Estudios y monografías de los postgrados

Facultad de Humanidades- Universidad Nacional del Nordeste

Citas.

- * Karen HORNEY (1968) *Psicología Femenina*. Pág. 158.
- * Ibidem. Pág. 158.
- * Ibidem. Pág. 165.
- * Ibidem. Pág. 165.
- * Ibidem. Pág. 71.
- * Ibidem. Pág. 74.
- * Ibidem. Pág. 170.
- * Ibidem. Pág. 170.

Bibliografía.

- ALLENDE, Isabel . *Eva Luna*, Buenos Aires: Sudamericana, 1987.
- GRIMMELSHAUSEN, H.J.C. *La pícaro Courage*. Trad. José Manuel Esteban, Ed. Manuel José González, Madrid: Cátedra, 1992.
- HORNEY, Karen. *Psicología Femenina*, Editorial Psique, Buenos Aires, 1968.
- LÓPEZ DE ÚBEDA, Francisco. *La pícaro Justina*, Ed. Antonio Rey Hazas, Madrid: Editora Nacional, 1977.
- PARKER, Alexander. *Los pícaros en la literatura. La novela picaresca en España (1599-1753)*, Editorial Gredos, 2ª ed., Madrid, 1975.
-